El anciano dijo á su vez: «Para que complementes tu viaje, por lo cual una prez y un santo amor á tí me remiten, pasa tu vista por este jardín, pues que el verle te prestará más valor para ascender hácia el divino rayo.

»La reina celestial, por la que me abraso en perpétuo amor, nos concederá todas las gracias, por ser yo su fidelísimo Bernardo (1).»

Como el que llega de la Croacia por contemplar á nuestra Verónica (2), y que no se sacia de verla con motivo de su remota fama, y más bien se dice en tanto se la muestran: «¡Jesús mio, Jesucristo, verídico rey, tal era vuestra faz!» Así veia yo el viviente resplandor del que, mientras sus contemplaciones, gozó en la tierra prematuramente de la paz celestial.

Entonces me dijo: «Hijo de la gracia, no entenderás de esta biena venturada vida si prosigues con la frente inclinada.

»Repasa los más remotos círculos, no parando hasta ver el trono de la Reina á quien pertenece este reino.»

Alcé mi vista, y segun la parte oriental del horizonte gana por la mañana en resplandor á la en que se pone el sol, las noté yo al extremo un punto del círculo que sobrepujaba en claridad á todos los otros.

Este lábaro de concordia brillaba en el medio, eclipsando el fulgor de las demás llamas, cual eclipsa el de todos los demás puntos del Cielo, aquel donde se espera el carro que tan mal condujera Faetonte.

En aquel centro observé millares de Ángeles que la acariciaban con desplegadas alas, ostentando cada uno de ellos una actitud y un esplendor diferentes. A sus festejos y sus cantos ví sonreir una peregrina beldad, que regocijaba la vista de todos los otros Santos.

Aun siéndome dado explicar todas las frases que la imaginacion concibiera, no osaria á expresar la más ténue de sus delicias.

Cuando Bernardo observó mi atencion hácia el objeto de su amor, volvió sus ojos hácia él con tal afecto, que todavía acrecentó en los mios el ardor con que lo admiraban.

(1) San Bernardo emblema de la vida contemplativa.

(2) La Croacia ó todo remoto país.—El santo sudario que se debe á santa Verónica.

CANTO TRIGÉSIMOSEGUNDO

San Bernardo manifiesta á Dante el órden de colocacion de los Santos del Antiguo y Nuevo Testamento.—Sobre todo, le hace fijar en la gloria de la Inmaculada Virgen.

El contemplador (1), en su felicidad, se toma el aire de cicerone, y principia con estas palabras sacrosantas: «La herida que restañara y sanara María el enconó y abrió de nuevo por aquella mujer bella está á sus plantas (2).

»En la hilera que describen los puestos terceros, están, dos ves, sentadas debajo de ella, Raquel y Beatriz; tambien ess- Sara y Rebeca, Judit y la bisabuela (3) del chantre, que p, la pena de su falta dijo: *Miserere mei.*

»Cuando desciendas, verás las otras de uno en otro tron pues en la rosa te las mencionaré hoja por hoja; del sétimo grado hácia abajo, cual de lo alto hasta dicho grado, van sucediéndose las israelitas, dibujando todas las hojas de la flor, pues con arreglo á la mirada que la fe puso en Cristo, son esas mujeres el marco que separa los sagrados escalones.

»Del lado que la flor está revestida de todas sus hojas, se hallan sentados los que no dudaron de la venida del Cristo, y en el otro, en el que los semicírculos se interrumpen por algunos huecos, se hallan los que volvieron sus ojos hácia el Cristo en tanto estuvo en la tierra.

»Y como en esta parte el trono glorificado de la Reina celestial y los otros sitios inferiores se hallan separados, lo mismo en el opuesto lado del inmenso Juan, que continuamente santo, padeció soledad, martirio é infierno por espacio de dos años (4), se halla separado del de los santos Francisco,

(1) San Bernardo.

(2) Eva.

(3) Ruth.

(4) En el Limbo, esperó dos años al Cristo.

Benito, Agustin y los otros, bajando hasta aquí de uno en otro círculo.

»De suerte, que sorprende la gran Divina Providencia, pues uno y otro adorador de la fe llenarán del propio modo este jardin. Has de entender, que desde la grada que separa por enmedio ambas divisiones, hasta la inferior, no hay ninguno que se halle sentado por propio mérito, y si por el de otro, bajo alguna condicion; son almas desprendidas de la Ver[illegible]rta mortal, antes que pudieran escogitar la fe verdadera. remot[illegible]ncillamente lo notarás en su faz y en sus infantiles voces, «¡Jesú[illegible]jas con alguna atencion. Dudas ahora y en la duda caveia y[illegible]has yo te quitaré los lazos que sujetan tus ideas sutiles. cione[illegible]o es posible que en este imperio inmenso suceda un acto E[illegible]uito, como tampoco cabe la tristeza, hambre ó sed, pues bie[illegible] eterna ley, cuanto contemplas se halla establecido de »[illegible]te que cada objeto ocupa su sitio, como el anillo el dedo. tro[illegible]aquí que esa cohorte que acudió tan veloz á la vida verda[illegible]a, no fué *sine causa* más ó menos grande.

p[illegible] »El rey, por el que se conserva este reino en tal dicha y n[illegible]ozo, que ningun deseo puede ir más adelante, al establecer todos los espíritus bajo su grata mirada, los dotó de distinta gracia: te basta el efecto producido. Todo esto os es con claridad corroborado en la Escritura Sacra, por los mellizos que en el vientre materno se agitaron coléricos (1), pues con arreglo al color del cabello, debe la elevada luz otorgar la corona de la gracia; por lo que, sin tener en cuenta sus obras, fueron puestos en distintas gradas, estribando sólo su diferencia en la infusion de la primera gracia.

»En los primeros tiempos era suficiente á salvarse con la inocencia, poseer la fe de los padres. Pasadas las primeras edades, tuvieron los niños necesidad de la circuncision, para reponer la fuerza de sus alas inocentes.

»Mas llegada la época de la gracia, los inocentes que no habian recibido la perfeccion del bautismo del *Cristo*, quedaban suspensos en el Limbo. Repara ahora el rostro que se asemeja más al *Cristo*, pues que sólo con su luz te puede preparar á ver el *Cristo*.»

Tanta alegría vi llover sobre él, traida por los santos espí-

(1) Esaú, que era rubio, y moreno Jacob.

ritus, creados para velar en aquel océano de dicha, que cuanto hasta allí viera estaba muy léjos de causarme semejante sorpresa, por darme de Dios verídica semejanza.

El amor (1), que descendió el primero entonando *Ave Maria, gratia plena*, tendió sus alas ante él, y la bienaventurada corte respondió por todas partes al divino canto, de suerte, que cada espíritu lo creia más refulgente.

«¡Oh Santo Padre (2), que tiene la bondad de estar aquí abajo por mi causa, abandonando el dulce sitio que ocupas por la eternidad, ¿qué ángel es aquel que con tal regocijo pone su mirada en la de la Reina, y que de tal suerte ama que parece abrasado?» Esta pregunta le dirigí á aquel que se hermoseaba con el resplandor de María, como se hermosea con el del sol la estrella del alba.

Y me repuso: «La confianza y gracia que puede poseer un ángel, se hallan en él; esta es nuestra voluntad, por haber sido el conductor de la palma á María, al querer cargar con nuestras culpas el Hijo de Dios. Ahora, segun te vaya hablando, pon tu vista en los grandes ciudadanos de este piadoso y justo reino.

»Los dos que están sentados allí arriba, más dichosos, puesto que se acercan más á la augusta Matrona, casi pueden llamarse las dos raíces de la rosa. El de su izquierda es el padre, que por gustar ávidamente la fruta, hizo libar la copa del dolor á la humanidad entera (3).

»Hácia su derecha ve el padre antiguo de la Iglesia santa, á quien confiara el Cristo las llaves de esta flor sin igual (4). El que viera antes de morir los tiempos borrascosos que habia de atravesar la dulce esposa (5), conquistada con la lanza y los clavos, se halla sentado próximo á aquel; estando tambien cerca el jefe á cuyo mandato vivió del maná el ingrato pueblo, tan variable y obcecado.

»Frente á Pedro puedes ver á Ana, tan subyugada en la contemplacion de su Hija, que ni agita los ojos al cantar

(1) El ángel san Gabriel.
(2) San Bernardo.
(3) Adan.
(4) San Pedro.
(5) La Iglesia.

Hossanna. Delante de nuestro primer padre (1) se halla sentada Lucía (2), la que te enviara á Beatriz cuando cerraste los ojos junto al abismo. Mas como ya pasó tu sueño, haremos pausa, asemejándonos al sastre que construye la ropa con arreglo al paño con que cuenta.

»Elevemos en este punto los ojos hácia el amor primero, para que al contemplarle, penetres lo posible en su esplendor. Mas temiendo no retrocedas al querer avanzar, debes conseguir el don con tus plegarias, al agitar las alas; despues seguirás con alma é intencion, haciendo por no separar tu córazon de mí ruego.» Entonces principió esta santa plegaria:

CANTO TRIGÉSIMOTERCERO

San Bernardo pide á la Virgen María que alcance para el poeta el don de elevarse hasta la misma vista de Dios.—Luego, iluminado Dante, penetra con la mirada la augusta y magnífica Trinidad, observando en el Verbo la Humanidad junto á la Divinidad.

Oh Virgen Madre! Hija de tu propio Hijo, la más elevada y humilde de todas las criaturas, término invariable de la voluntad eterna, tú ennobleciste la humanidad, cuyo autor no se desdeñó de convertirse en su misma obra.

»En tu seno se inflamó el amor, á cuya llama gérminó la voz de eterna paz. Tú significas aquí para nosotros un sol de piedad en su mediodía entre los mortales, vivo raudal de esperanzas. Mujer, eres tan inmensa y poderosa, que el que pretende gracia, sin recorrer á tí, se propone elevarse sin alas.

»Tu magnanimidad no sólo atiende al que implora, sino que suele anticiparse á su demanda. En tí reside la misericordia,

(1) Adan.

(2) Santa Lucía de Sigamsa, emblema de la gracia que da luz

la piedad, la munificencia y cuanto bueno pueda residir en la criatura; por esta razon, el que desde los abismos del universo hasta aquí vió una en pos de otra las existencias de los espíritus, te ruega le otorgues la indispensable fuerza para alzar su vista hasta el Supremo Bien.

»Yo, que jamás deseé para mí con más ardor alcanzar aquella vision cual lo deseo para él, á tí elevo todas mis plegarias, rogándote no sean estériles, para que deshagas las nubes de su mortalidad con tus preces, á fin de que se le muestre el sumo placer.

»Te demando tambien, oh Reina celestial que logras cuanto quieres, guardes íntegros sus afectos despues de semejante vista, y que tu influjo venza los impulsos humanos. Repara que Beatriz y los demás bienaventurados unen sus manos á las mias asociándose á mis súplicas.»

Los ojos que el mismo Dios adora (1), puestos en el que oraba por mí, nos hicieron conocer cuán gratas le eran aquellas preces. Luego se alzaron sobre la luz eternal, en que no parece posible pueda ponerse el ojo de la misera criatura.

A medida que me iba aproximando al final de todos mis flotos, se iba extinguiendo en mí la llama de todo anhelo. Bernardo, sonriente, me decia que mirase á las alturas, mas ya me hallaba yo en la actitud que él queria, pues mi vista, más pura cada vez, penetraba por grados en la inmensa luz, que es única y verdadera.

En aquel instante mi vista excedia á mis palabras, pues éstas ceden á presencia de aquella vision, como cede la imaginacion ante lo portentoso. Como el que en sueños distingue lo que cree ver, y que despierto retiene la impresion producida sin acordarse de lo demás, así estoy yo, por haber acabado mi vision casi por completo; y todavía siento fluir en mi alma la dulzura que de ella vino, deshaciéndose cual la nieve al calor del sol, y desapareciendo como por el aire las simples hojas que guardaban los decretos de la Sibila.

¡Oh soberana luz, que te levantas sobre las ideas de los mortales, dí á mi espíritu algo de lo que tú parecias, haciendo que mi lengua tenga bastante fuerza para dar á las razas venideras un ligero destello de tu gloria! Si consigo recordar tus

(1) Los ojos de la Virgen María.

triunfos y hacer que se comprendan en mis versos, siempre se obtendrá algun provecho.

Con la impresion que recibí del vivo resplandor, creo que hubiera cegado; aparté mi vista. Sin embargo, recuerdo que persistí hasta juntar mi mirada al más infinito poder. ¡Oh don celestial por el que tuve el valor de fijar los ojos en la eterna luz que arrebataba mi vista!

Con toda claridad ví un volúmen unido por amorosos lazos, que tenia todas las hojas esparcidas por el universo; allí estaban las sustancias, los accidentes y sus cualidades de tal suerte amalgamados, que cuanto yo pudiera decir no seria ni una ligera sombra.

Creo que entendí la forma universal de aquel nudo, ya que al mencionarlo me encuentro poseido del más inmenso júbilo. Un pequeño intérvalo produce en mí más olvido que el que causaran veinticinco siglos pasados desde la empresa que hiciera admirar á Neptuno la sombra de Argos.

Por esto mi suspendido espíritu admiraba fijo, inmóvil y cuidadosamente, y seguia admirando con progresivo amor. Es tal el efecto que produce aquella luz, que no se puede apartar la vista para fijarse en otra cosa, pues el bien que dimana de la voluntad se junta estrechamente á ella, fuera de la cual es imperfecto lo que allí es magnífico.

Más incapaz será mi palabra para decir lo que recuerdo, que lo seria la de un niño que todavía humedeciese su lengua en el materno pecho; no porque la luz tuviese más de un sencillo aspecto, y que siempre es lo que antes era, sino por causa de mi vista, que al contemplarla, se fortificaba, y segun ésta iba cambiando, tambien se alteraba aquella sola apariencia.

El uno (1) parecia reflejarse en el otro, como el Iris en el Iris, y el tercero asemejaba una llama que de todos lados brotase á un mismo tiempo (2).

¡Cuánta impotencia la de mi voz para dar de ello una ligera idea! Está tan lejana de lo que ví, que no me basta el decir poco. ¡Oh eterna luz, que moras sola en tí, que sola te entiendes y que así te amas y sonries! Aquel círculo que parecia en tí concebido, como reflejo de luz, en cuanto mis ojos, principiaron á recorrerle, me pareció contener en su centro nuestra efigie, con su mismo color, por lo que mi vista penetraba en él por completo.

(1) El Hijo por el Padre.
(2) El Espíritu Santo.

Como el geómetra dedicado exclusivamente á medir el círculo, y no encuentra en su razon la base que le es necesaria, me hallaba yo ante aquella nueva vision. Me propuse ver como estaba la efigie unida y adaptada al círculo, mas mis alas no poseian la necesaria fuerza, á no iluminarme un esplendor que calmó mi anhelo.

Mi elevada imaginacion desfallece aquí; mas mi deseo y voluntad, como ruedas movidas á compás, iban girando al exterior, empujados por el amor que hace mover al sol y á las estrellas.

FIN

TRINIDAD MARTINEZ
MAR 27 1907
MONTERREY, MEX.